

## Una visita a Tripoli (Libia)

Desde que llegué al aeropuerto de Tripoli comenzó mi sufrimiento. Me sacaron el pasaporte y me dejaron esperando unas dos horas (aclaro que eran las 10 de la noche), cuando en un mal inglés un señor me dijo que el pasaporte no sería porque el país (Uruguay) no existía. Luego de discutir un rato, saqué mi pasaporte español y con ese, 20 minutos más tarde, me dijeron que sí; que podía ir al hotel.

Pedí el pasaporte y me dijeron que me lo darían en el hotel antes de salir, lo que peleé un rato, hasta que en cansancio me ganó y dije “bien, espero que me lo entreguen”.

Llegamos al hotel, un edificio que otrora parece que fue importante y en un estado de abandono grande y cuando llegué a la habitación, la mugre era impresionante, pero no tenía papel higiénico ni toalla. Cuando lo pedí les cayó mal, dado que ellos no usan...

Al día siguiente fuimos a una oficina que dirigía una señora que reportaba para el mismo Gadhafi y le comenté, pero me sorprendió la respuesta: "tiene que cuidarse. Usted luce muy occidental, muy blanquito y de ojos claros, cuidado con lo que le den de comer". Lindo nomá... Me quedaba una semana por delante y sin pasaporte.

Luego me senté a leer una serie de documentos sobre un proyecto de automatización de los 16 bancos estatales de Libia y la verdad es que pase todo el día, pero por más que la información era en inglés no podía entender, por lo que pedí para ver físicamente una sucursal y sorteando los problemas (idiomáticos, sobre todo, dado que los taxistas sólo hablan en árabe) me llevaron a una sucursal.

Por desinformación, comencé a buscar las cámaras de seguridad y quien me acompañaba me preguntó en buen francés qué era lo que estaba mirando y le contesté: “las cámaras”, y me preguntó: “¿para qué?” Comentándole las cosas que podrían pasar, tanto con empleados o con clientes, y lo que conseguí fue una gran carcajada, dado que entre risota y risota me dijo: “pero eso puede pasar una sola vez, porque cuando lo



descubrimos lo apedreamos a morir en medio de la plaza (lindo... por eso tienen bajo nivel de criminalidad y muy democrático).

Luego fui detrás de las cajas, donde creo que hasta hoy, sigo asombrado, no conocían los cajones para ordenar el dinero. Sí, no tenían cajones, el dinero era una gran masa de papeles, junto con los comprobantes de banco.

Claro, ahora estaba más avisado. Para no preguntar tanto disparate, así que sólo pregunté cómo abrían o cerraban la caja. Y otra vez quedé sorprendido con la respuesta. "¿Y para que quiere usted eso?". Claro, no cuentan el dinero. Entonces descubrí que la implementación de sistemas no tenía ningún sentido si no se iba a las bases y se le enseñaban temas básicos a esta gente.

En camino a la sucursal bancaria, recorrí bastante Trípoli, donde el taxi dejaba la estela de polvo en las calles de tierra y los edificios piden perdón por seguir de pie. Se nota que en nada hay el mínimo esfuerzo de mantenimiento, más de 40 años, sin ver una gota de pintura, "total, para qué" pero no se preocupen, no pregunté.

Con la comida, finalmente no sentí problemas y traté de no pensar demasiado, pero sí se siente el que no se pueda tomar una cerveza o nada que contenga algo de alcohol (bueno, en realidad se puede, pero hay que ser muy pero muy guapo para entrar y son tugurios completamente ilegales).

A la salida conseguí mi pasaporte español de regreso, pero con un par de hojas anuladas. Una con el sello más grande que he visto (sin entender qué dice en árabe) y otra que parece una visa, también en árabe. No quiero contar lo que fue entrar en Miami a mi regreso con esos lindos sellos.

Lo interesante es que cuando uno sale de esos lugares, se siente que volvió a vivir y la sensación de libertad es increíble. Por eso es entendible lo que está pasando con esos pueblos, simplemente cansados.

